

valor heroico, de espíritu de conciliación y de tolerancia, y profesaba acendrado amor a su patria. Con razón, pues, le estuvo agradecido su pueblo.

Su muerte produjo general descontento en los Países Bajos, y aun cuando, a la larga, no vieron sus asesinos realizadas las esperanzas que en este suceso habían puesto, el poder español tomó por de pronto amenazador incremento, y hasta pareció destinado a ocupar una posición preponderante en Francia.

El desordenado régimen de Enrique III había excitado el descontento de todas las clases y, lo que es peor para un gobierno, atraído sobre sí no solo el odio, sino también el desprecio.

En los últimos veinticinco años, había nacido una nueva clase de feudalismo. El primero, formado por las principales razas de condes y duques, había sido destruido por Felipe Augusto, San Luis y Felipe el Hermoso; el segundo era el de los príncipes de las líneas colaterales de la casa real, que, en la segunda mitad del siglo xv, había desaparecido a impulso del puñal y del veneno de Luis XI. Los desórdenes de las guerras civiles habían dado origen al tercero, es decir al de los gobernadores de provincias, de los grandes dignatarios, y así sucesivamente hasta los simples comandantes de fortaleza, todos los cuales consideraban sus cargos como posesiones propias, hereditarias y enajenables: ¡tan profundamente se habían impreso las ideas feudales en la generalización precedente de la Edad media! A un rey francés solo se presentaban las dos soluciones siguientes: ó reconocer aquel feudalismo y tratarlo con marcada consideración, si se sentía demasiado débil, ó luchar contra él. Esto último era lo que exigía la unidad y la soberanía del Estado y a ello debía tenderse por medios propios y hábiles; pero Enrique III no planteó la cuestión en tales términos, sino que reconoció aquel feudalismo de altos funcionarios, debilitándolo y destruyéndolo, sin embargo, allí donde le parecía conveniente en provecho de sus favoritos, hombres todos cuya incapacidad solo era superada por su inmoralidad. Este proceder no le atrajo las simpatías de nadie y en cambio le valió la enemistad de aquellos a quienes desposeyó de sus cargos para darlos a sus favoritos, y la de los grandes funcionarios, todos ellos apoyo y defensa del reino.

Además un gran número de miembros de las familias católicas nobles estaban indignados contra el rey por el favor que dispensaba a los protestantes, y su indignación se vio apoyada por el clero, que por primera vez se atrevía a mostrarse hostil a la monarquía.

El alto clero encontró para sus esfuerzos en pro de la Iglesia un terreno sumamente favorable en el espíritu católico que se había extendido por toda la Francia, a manera de reacción contra el protestantismo, y exigió formalmente del rey el reconocimiento de las decisiones del concilio de Trento, y la devolución de la libertad electoral a los cabildos catedrales y conventuales. Ambas exigencias fueron rechazadas por el rey (1); pero el lenguaje del alto clero se hizo cada vez más fuerte y amenazador, llegando a pedir la supresión de las libertades concedidas a los hugonotes, a los herejes.

Mientras todos estos peligros se cernían sobre el reino y amenazaban la existencia de la monarquía, esta se encontraba en manos de gente que no quería conjurarlos ni vencerlos. La hacienda se hallaba en un deplorable desorden, pues las guerras civiles consumían sumas considerables y dificultaban la recaudación de los impuestos; además contribuían a estos apuros las disipaciones a las cuales Enrique III seguía entregándose, en una época en que no sabía de qué vivir. En-

(1) Thou, *Historiarum lib.* 75.

tonces hubo que apelar a las más hábiles estratagemas económicas que, si bien proporcionaban dinero por algunas semanas, en cambio agravaban más y más las ya pesadas cargas del Estado.

Funesta fué la influencia que ejercieron la innoble conducta del monarca y su vida escandalosa, alternadas con penitencias exageradas y altamente impropias de su elevada posición. Los fanáticos, a cuyos ojos Enrique había cometido un gran delito firmando la paz de Fleix, aprovecharon estas circunstancias para lanzar desde todos los pulpitos acusaciones contra el rey, para las cuales ofrecía materia suficiente el contraste entre sus orgías y sus procesiones. ¿Qué respeto podía merecer un soberano que en un momento trocaba el mas afeminado traje por el sayo del penitente y el cinturón guarnecido de cráneos?

En esta hostilidad del partido católico contra la monarquía, se ven claramente dos corrientes distintas que pronto se confundieron en una sola: la de los Guisas y la de los españoles.

Los Guisas tenían gran desventaja en sus planes y esfuerzos; la dirección exclusivamente católica que el rey había impreso a su política había cesado por completo, y la importancia política de los Guisas era muy inferior a la de advenedizos como Joyeuse y Epernon. Contra Enrique III se armaban, pues, las animosidades personales, políticas y religiosas. Algunos católicos fanáticos quisieron aprovechar la Liga para sus fines personales. Publicáronse folletos en los cuales se defendían los derechos de los Guisas al trono francés como descendientes de Carlomagno y antecesores de los Merovingios (2); y en los misterios de la Iglesia, Enrique de Guisa era considerado como el David que había de vencer a Goliath, es decir al rey.

La protección que los franceses habían dispensado repetidas veces a los rebeldes de los Países Bajos, era un pretexto más que suficiente para que España hiciera en Francia secreta propaganda revolucionaria. En 1582 fué ejecutado en París un hombre que por encargo de España había intentado organizar una gran conjuración contra el rey (3). Pronto vió Felipe II que el de Guisa era el instrumento más propio para su política, encaminada contra los herejes y especialmente contra el poder político de Francia; y así desde el año 1583 se establecieron en Francia algunos agentes españoles (Tassis y Moreo) que entablaron negociaciones con los Guisas. Nada decidieron por entonces, pero esperaron algún acontecimiento que sirviera de pretexto y diera probabilidades de éxito al levantamiento (4). El rey Enrique III tenía sospecha de estas intrigas, pero temía que persiguiéndolas motivara la sublevación, y en él podían más que todo la indolencia y el deseo de vivir tranquilo.

La situación general estaba llena de peligros, cuando un acontecimiento inesperado hizo estallar la tempestad.

La fecundidad de la familia de Enrique II parecía haberse extinguido en los hijos de este; Francisco II y Carlos IX habían muerto sin descendientes legítimos; se veía claramente que la enfermiza esposa de Enrique III no daría a este hijo alguno; y el último de los hijos de Enrique II, Francisco de Anjou, había regresado de los Países Bajos en tal estado de debilidad corporal y moral, que todos preveían su próxima muerte. Solo quedaba, pues, una rama de la casa real de los Capetos, los Borbones, el jefe de cuya familia era

(2) Esto se consignaba especialmente en la *Stemmata Lottaringia ac Barri ducum* de Francisco de Rosières, publicada en París en 1580.

(3) José de Croze, *Los Guisas, los Valois y Felipe II*, tomo I, página 257.

(4) Juan Bautista de Tassis, *Commentarii*, libro VI: Hoynck van Papendrecht, *Analecta Belgica* (La Haya 1743), página 438.

Enrique de Navarra, empedernido hereje, a quien Enrique III había reconocido «como segunda persona de Francia y sucesor suyo» para el caso de que muriera el de Anjou.

Este murió en 10 de junio de 1584 y su muerte fué tan importante como insignificante había sido su vida. Los católicos se estremecieron y aun los más templados de entre ellos juzgaron imposible que un hereje se sentara en el trono del rey cristianísimo. Los más fanáticos y enérgicos estaban decididos a impedirlo con las armas en la mano. Importante en extremo fué la transformación que en ambos partidos religiosos se verificó: los hugonotes, hasta entonces enemigos de la monarquía y partidarios de una república federal, se hicieron ardientes monárquicos al ver que el rey legítimo figuraba en sus filas; y los católicos, en cambio, adalides de la autoridad monárquica, se pasaron, por la misma razón, al partido federal republicano.

La muerte de Anjou debía excitar a las dos potencias que dirigían y explotaban la Liga a proceder con decisión y energía.

Felipe II se creyó obligado a aprovechar el movimiento que se operaba contra el rey y contra Enrique de Navarra, pues comprendía que, de sentarse en el trono de Francia un hereje, esta nación sería en todas las cuestiones el más decidido adversario de la católica España, al paso que un rey católico entronizado y apoyado por el auxilio de los españoles habría necesariamente de aceptar y someterse a la política de los Habsburgos. Tassis, el embajador español en París, propuso a Enrique de Guisa una alianza para defender la religión católica; Guisa, temiendo una traición, consultó el caso con el Papa y Gregorio XIII contestó en sentido favorable a los españoles y prometió su bendición si la intención era realmente religiosa.

Libres ya de todo escrúpulo, los dos hermanos, el duque de Guisa y el de Mayena, en nombre propio y en el de los demás individuos de la casa real, el cardenal de Guisa, y los duques de Aumale y Elboeuf, firmaron en enero de 1585 una alianza con Tassis (1), que abrazaba dos puntos fundamentales: el trono, a la muerte de Enrique III, debía ser ocupado, no por Enrique de Navarra, sino por su católico tío, el débil y anciano cardenal de Borbon, a quien podría el de Guisa dirigir a su antojo; el protestantismo debía ser combatido en común así en Francia como en los Países Bajos, para lo cual Felipe II se comprometía a dar a sus aliados franceses una suma anual de un millón de florines de oro, obligándose en cambio estos a romper su alianza con los turcos y a entregar a España a Cambray y la Navarra francesa al Norte de los Pirineos. Véase cuán hábilmente supo armonizar Felipe II su celo religioso con su provecho, y cuán poco importaban a los Guisas loreneses, los intereses de Francia, desde el momento en que a tanto se comprometieron y que además ofrecieron al duque de Saboya, a cambio de su apoyo, una parte importante de los territorios del Ródano y la misma ciudad de Lyon.

Sobre estas alianzas se conservó naturalmente el secreto, pero pronto se vieron sus resultados. Algunos nobles, gobernadores de grandes ciudades, se declararon por los Guisas y por la Liga y formaron una estrecha unión, organizándose perfectamente y logrando juntar un ejército de 12,000 hombres. En abril de 1585 apareció, firmado por el cardenal de Borbon, el manifiesto de los sediciosos católicos, en el cual, como se comprenderá, no se escatimaron las promesas de restablecer la religión católica en todo su antiguo esplendor, de devolver a la nobleza los perdidos privilegios, de libertar

(1) El texto de este tratado se encuentra en la obra citada de Tassis, libro VI, página 446.

al pueblo de los excesivos impuestos, de restablecer la soberanía del Parlamento en materias jurídicas y la inamovilidad de los empleados, y de convocar los Estados generales cada tres años.

Aun cuando los jefes de la Liga no pensaban en cumplir tales promesas, eran un peligro para la monarquía; pues contra ella se levantaron la indomable alta aristocracia, los



Armadura del duque de Alba. (Armería real de Madrid)

exigentes parlamentos, y la democracia de las clases bajas en las ciudades, movidos todos del mayor fanatismo religioso. En todas las grandes poblaciones se organizaron comités de la Liga, que acabaron por apoderarse del gobierno. Los rebeldes querían marchar sobre París, la mayoría de cuyos habitantes estaban seguros de obligar al rey a que se sometiera (2). Los jesuitas atizaban el movimiento y aprovechaban su poderosa organización y sus grandes alianzas en perjuicio de la corona francesa, de la cual se mostraban decididos adversarios (3); y el enemigo del reino, el español, estaba

(2) Croze, I, 281.

(3) Despacho de Cavriana al Secretario de Estado florentino, Vintata: 4 de agosto de 1585: Alberi, *Catalina de Médici*, 431.

dispuesto á prestar á la sedición poderoso auxilio. Esto era natural (1); pues desde el momento en que la Liga consiguiera su objeto, Francia se convertiría en un caos de grandes y pequeños vasallajes y municipalidades, y los funcionarios judiciales y administrativos darían buena cuenta de lo que quedara del poder central.

Sin embargo, la monarquía no se vió abandonada por todos, pues el mal gobierno del último Valois no había destruido por completo la tradicional lealtad del pueblo francés. Así es que muchos católicos se declararon contrarios á la Liga y á los Guisas, y se manifestaron dispuestos á defender la monarquía de sus asechanzas. Iguales sentimientos animaban á los hugonotes, á quienes Enrique III había sabido atraerse con el edicto de Fleix, y que veían en la Liga á su mas poderoso enemigo.

Pero Enrique III era demasiado pusilánime para hacer frente á un partido que se levantaba en nombre de su propia religion. Este fué un momento decisivo en su vida y en su gobierno, y en tal momento le faltó el valor. Su madre, por miedo á Enrique de Navarra se había pasado completamente á los enemigos de este; y al designarle el rey á Enrique de Guisa como «báculo de su ancianidad,» y al proponerle entrar en negociaciones con la Liga, la resolución decisiva estaba tomada. Estas negociaciones dieron por resultado el edicto de Nemours (5 de julio de 1585) «perpetuo é irrevocable,» como todos los edictos de efímera existencia que se habían promulgado de un cuarto de siglo á aquella parte, y en el cual quedaron satisfechos todos los deseos de la Liga (2).

Los actos y los esfuerzos de la Liga tendían á conservar en poder de sus caudillos las mejores plazas fuertes del Norte de Francia y á concederles el derecho de rodearse de tropas; y, en punto á religion, á conseguir que, en el espacio de un mes salieran del reino los pastores protestantes y en el término de seis meses los seglares bajo pena de muerte y confiscación de bienes, á no ser que abrazaran el catolicismo.

Esto era todavía mas duro que las consecuencias mismas de la Noche de San Bartolomé. ¿En dónde estaba el interés del pueblo, de las ciudades y del Parlamento? La alta aristocracia de la Liga solo tenía dos miras: su poder y la soberanía absoluta del catolicismo. Nadie creía que el edicto de Nemours pudiera llevarse á cabo pacíficamente; así es que la Liga y Enrique III se prepararon para una guerra contra los hugonotes. Felipe triunfaba; pues, al decir de su agente cerca de los Guisas, Juan Bautista de Tassis, «¿qué cosa mejor podía sucederle que tener ocupada á toda la Galia de suerte que no pudiera en manera alguna oponerse á su política?»

Los protestantes se aterrorizaron ante el porvenir que les esperaba. La opinion pública, antes tan favorable á ellos, á la sazón estaba del lado de la monarquía, de los magnates y de los poderes judiciales. Los hugonotes se veían excluidos de la paz y de las leyes en su patria; el protestantismo, al propio tiempo, había experimentado grandes pérdidas, á consecuencia de la Contra-reforma que se había realizado en Alemania y en los Países Bajos, donde, muerto el de Orange, hacia grandes y amenazadores progresos Alejandro Farnesio. Sin embargo de lo triste que se presentaba el porvenir, los protestantes no perdieron el valor, y encontraron un excelente caudillo en Enrique de Navarra.

Los rudos años de guerra, y á menudo de miseria, habían templado el carácter de este príncipe y modificado y robustecido sus aptitudes. Durante aquel tiempo había aprendido á

(1) En 4 de mayo de 1585 los cardenales de Borbon y de Guisa y el duque de Guisa acusaron recibo á Felipe II de la suma de 300,000 florines de oro que este les había enviado: Croze, 346.

(2) El tratado de Nemours entre la reina madre y los Guisas: Tassis, obra citada, libro VII, pág. 462.

ser perspicaz en el campo de batalla, y su inteligente y claro talento había sabido adquirir así el arte de la diplomacia y del hombre de Estado como las dotes de militar. Su buen sentido, su aparente y en parte verdadera bondad, la elasticidad de su carácter y de su fantasía le habían captado las simpatías de sus partidarios, no menos que sus convicciones y su afición á la guerra y á las aventuras. En medio de todas sus adversidades, había sabido, en gran parte, apartarse de los placeres y del sensualismo que á menudo han hecho que los observadores superficiales se equivocaran acerca de las verdaderas cualidades del *Bearnés*, nombre con que solían designarle sus enemigos tomándolo de la pequeña parte que conservaba del reino de sus mayores. Las repetidas tentativas que hizo la corte para convertirle fracasaron ante la tenacidad de Enrique, el cual las rechazó, á pesar de que, abrazando el catolicismo, se aseguraba la sucesión al trono de Francia (3).

Con gran celo supo organizar su partido en frente de los enemigos que por todos lados les amenazaban. Protegíanle su primo, el protestante Enrique de Condé, y el experto militar vizconde de Turenna; pero la tarea que se proponía no tenía nada de fácil, pues durante los cinco años de paz, la indiferencia y la apostasía habían hecho grandes destrozos entre los hugonotes. Despues de los esfuerzos y sacrificios de la guerra, una atonía general se había apoderado del partido protestante y le había dejado casi sin defensa en frente de la opresora influencia de la dominante mayoría católica. Los nobles abandonaban á centenares el partido y se dejaban atraer á la política del rey, que solo confería cargos y honores á los católicos, y al mismo tiempo muchos sacerdotes protestantes se mantenían tambien en actitud débil y pasiva. Los mas celosos hugonotes estaban casi siempre separados de su jefe Enrique de Navarra, pues este les consideraba demasiado indóciles y ellos le tenían por tibio y sospechoso. En la Asamblea general, se echó con dureza en cara al de Navarra, es decir al caudillo oficial de su partido, su vida desarreglada, la protección que dispensaba á los católicos y su ingratitud para con los verdaderos creyentes (4). Pero el peligro comun devolvió pronto al partido protestante una gran parte de su antigua fuerza expansiva, y muchos hombres de valía se pusieron al lado del rey de Navarra ayudándole con sus consejos y con su brazo. Entre ellos figuraba el heróico La Noue, el Bayardo de los protestantes, que fué el mejor general que tuvieron estos despues de la muerte de Coligny; Les Diguieres, general hábil y siempre vencedor; el jóven Francisco de Chatillon, hijo de Coligny y digno de su padre; Teodoro Agrippa d'Aubigné, hijo del canciller de Navarra, antiguo camarada de Enrique y tan notable guerrero como excelente poeta é historiador. Uno de los mas adictos al príncipe era Enrique Du Plessis Mornay, que solo le llevaba dos años de edad y era muy su amigo, tanto como pueden tener amigos los príncipes ambiciosos é inconstantes. Du Plessis era un sabio que con frecuencia había defendido de palabra y por escrito sus opiniones contra los ataques de los católicos; un hombre de Estado, cuyos consejos tomaba á menudo el monarca, y cuyos servicios había utilizado en varias cuestiones diplomáticas, y un militar que manejaba valerosamente la espada en defensa de sus convicciones. Este núcleo importante de hombres de valía formaba una comunidad extensa y vigorosa, contra la cual no podía presentarse la Liga en condiciones análogas.

Los protestantes no estuvieron solos, sino que el mariscal de Montmorency Danville, el soberano absoluto del Languedoc,

(3) Enrique Talbot á su padre Shrewsbury, 6 de agosto de 1585; Lodge, *Illustrations of British History* (Londres 1838), II, 270.

(4) Stahelin, 168-187.—Aubigné, tomo III, I, II, cap. 8, pág. 133.

siguiendo las tendencias de su familia, hostil á los Guisas, formó con ellos una «Asociación para la conservación del Estado» contra los lorenenses. La Liga, por su parte, trabajó activamente en Roma para obtener la condenación de los príncipes de Borbon y publicó luego la bula de excomunión lanzada por el papa Sixto V contra Enrique de Navarra y Enrique de Condé, á quienes llamaba «hijos de la cólera, vástagos ilegítimos y despreciables de la ilustre familia de los Borbones.» Pero el mismo Parlamento de París protestó enérgicamente en su célebre *Remonstrance au Roy* (1) contra la abusiva pretension del Papa de mezclarse en la cuestion de sucesión al trono de Francia y propuso arrojar con toda solemnidad la bula á las llamas. El mismo Enrique de Navarra publicó, en Roma, una protesta «contra las falsas y pérdidas mentiras del señor Sixto, llamado papa.»

El éxito que obtuvo la Liga en la parte material fué todavía menor que el que en la espiritual había conseguido. La nobleza, en parte protestante y en parte realista, se mantuvo reservada; y el rey hizo lo menos que hacer podía. La Liga carecía especialmente de recursos pecuniarios, lo cual hacia fracasar todos los planes de Felipe II por buenos y prudentes que fueran. Todo se redujo, pues, á ligeras escaramuzas, á marchas y contramarchas y á tomar poblaciones de ninguna importancia.

Pero la lucha no se limitó á la Francia, sino que, siendo por su propia naturaleza una lucha general entre dos poderosos principios que se repartían todo el Occidente, se fué extendiendo poco á poco por los demás países de Europa. Isabel de Inglaterra envió recursos á los protestantes; los evangélicos alemanes acordaron prestar auxilio á sus correligionarios franceses, y un poderoso ejército de 16,000 reformados suizos se aprestó á reunirse con los alemanes.

No menos activo se mostraba el partido católico en Europa, el cual halagado por los brillantes triunfos de Alejandro Farnesio se dispuso á realizar planes de mayor importancia. Eran en efecto gigantescos los que se proponía llevar á cabo el jefe del partido católico, aquel anciano y enfermizo príncipe que preparaba un día y otro día en el Escorial sus despachos y mandatos. Despues que hubo agregado á sus dominios el Portugal y sus muchas colonias, y precipitado á Francia en la guerra y la miseria, dirigió sus miradas hácia la mas poderosa de las comunidades heréticas, es decir, hácia Inglaterra, para cuya conquista debía servirle principalmente el ejército de los Países Bajos.

La esperanza que tenía Felipe II de que la muerte de Guillermo de Orange le haría inmediatamente dueño de los Países Bajos, había sido un tanto prematura (2); pues aquel crimen aumentó la indignación de los flamencos contra los españoles, y para librarse de su dominación ofrecieron someterse al rey de Francia, bien que no fué aceptada la propuesta. Los Países Bajos no tenían un caudillo de bastante talla para imprimirles una dirección uniforme y decidida, y mucho menos que estuviera á la altura de Farnesio, el cual en cambio, una vez dominado el Portugal pudo reforzar los regimientos españoles.

Alejandro Farnesio hacia cada día mayores progresos. El Consejo de Estado creado por los rebeldes flamencos como Asamblea directiva, y cuya presidencia fué confiada al jóven Mauricio de Nassau, hijo segundo del de Orange, que con-

(1) *Memorias de la Liga*, I, 222.

(2) Aquí comienza la segunda gran obra histórica de Morley *Historia de los Países Bajos Unidos* (1584-1609) (Londres 1860, cuatro tomos), basada en los estudios de los archivos, estudios mas generales aun que los de la *Historia de la Eleccion de la República de Holanda*. En ambas obras encontramos las mismas buenas cualidades y los mismos defectos.

taba diez y siete años, no gozaba de gran consideración. En cambio, Farnesio conseguía cada día mayores triunfos: durante el verano y el otoño de 1584, se apoderó de la importante ciudad de Dendermonde y de Gante, la capital de la Flandes oriental, y comenzó, despues de esto, el sitio de Amberes que era indudablemente la ciudad mas populosa, rica é importante. Amberes fué heroicamente defendida por sus habitantes, dirigidos por uno de los mas ancianos y expertos héroes de la guerra de la independencia, por Felipe Marnix de Santa Aldegonda, defensa que les facilitaron sus magníficas fortificaciones y la anchura del Escalda. Muchos meses pasaron en luchas de variable éxito, en las cuales ambas partes beligerantes mostraron gran valor y perseverancia y se valieron de todos los medios que el arte de la guerra y del sitio ponían en aquel tiempo en sus manos. Mientras la Europa entera tenía sus miradas fijas en aquel cerco, considerado como un modelo en su clase por los militares de todos los pueblos, el infatigable Farnesio se apoderaba de Bruselas, capital del Brabante, y de Nimega, capital de la Güeldres.

Los habitantes de Amberes buscaron por último su salvación rompiendo los diques como en otro tiempo habían hecho los de Leiden cuando les sitiaban las tropas del duque de Alba; y sin duda alguna habrían conseguido su intento si Alejandro Farnesio no hubiese tomado y reforzado oportunamente el dique principal de aquella comarca, el de Couvestein. En ese poco extenso dique situado en medio de las aguas se libró la batalla decisiva entre los sitiados y sus sitiadores, la cual terminó con la completa derrota de los primeros. No había esperanza de tomar el desquite, pues las fortificaciones hábilmente levantadas por Farnesio hacían imposible todo ataque contra los españoles así por tierra como por el rio y cortaban el camino á todo auxilio que hubieran podido recibir los sitiados. Santa Aldegonda perdió entonces todo su valor; consideró inevitable la victoria de los españoles, despues de los últimos tristes acontecimientos, y opinó que las provincias rebeldes no tenían mas recurso que pactar, en las mejores condiciones posibles, con el rey católico. Por esto, en agosto de 1585, se rindió la ciudad que se había defendido heroicamente por espacio de mas de un año. Alejandro Farnesio se mostró benigno y magnánimo en todas las condiciones de la capitulación, y solo fué exigente en un punto, respecto del cual su soberano le había dado instrucciones terminantes: la religion católica fué declarada la única consentida en Amberes, y se señaló á los herejes un plazo, dentro del cual debían abandonar la ciudad (3).

(3) Inmediatamente despues de la rendición de Amberes, Marnix fué estigmatizado por sus compatriotas como traidor: nunca mas desempeñó un cargo público y, dedicado á trabajos literarios, murió olvidado en 1598. Las quejas fueron tan terminantes y generales que Marnix se vió obligado á publicar una Memoria justificativa que, por cierto, no es muy concluyente. Teodoro Juste (*Vida de Marnix de Santa Aldegonda*, pág. 131), y Motley (*Historia de los Países Bajos Unidos*, I, 124), han tratado modernamente de esta cuestion y ambos llegan á la misma consecuencia, á saber: que no hubo verdadera traición sino abatimiento de parte del anciano héroe. Despues de los rápidos progresos conseguidos por Farnesio y de la muerte del de Orange, desesperó Marnix de poder conservar la independencia de su patria, y por eso pidió con tanto empeño la soberanía de Francia para los Países Bajos. Frustrado este intento, solo vió la salvación en una reconciliación de los rebeldes con los españoles, pues no tenía, y con razon, confianza alguna en Inglaterra. Alejandro Farnesio hubiera consentido en ella, aun respetando la libertad religiosa; pero ¿y Felipe II? Por lo que á Amberes especialmente toca, cuando Marnix se entregó no podía sostenerse por mucho tiempo: faltaba por completo el pan y no había que esperar auxilio alguno. Malinas había caído en poder de los españoles y el pueblo pedía en Amberes que cesara tal estado de cosas. En esta situación, creyó Marnix que no debía exponer la vida de los millares de habitantes con-

Esta disposición fué la sentencia de muerte para la ciudad mas rica y dotada de mayor vida no solo de los Países Bajos sino de Europa. Los mas activos y ricos comerciantes emigraron á Amsterdam y á las demás ciudades comerciales de la protestante Holanda. Los comerciantes del Norte de Alemania y de Inglaterra cesaron sus relaciones mercantiles con Amberes y las establecieron con Holanda; los puertos, calles y casas de Amberes ofrecieron un aspecto cada dia mas triste, y el Escalda, antes tan poblado de embarcaciones, llevó entonces silenciosamente sus aguas al Océano.

Felipe II sintió gran alegría al tener noticia de la toma de Amberes: los despachos que tan importante victoria anunciaban llegaron de noche, y el rey despertó entonces á su hija preferida, la infanta Isabel, diciéndole: «¡Amberes es nuestra!» El duque de Parma Alejandro Farnesio fué recompensado, no solo con el toison de oro, sino con la cesion de la ciudadela de Plasencia, que España habia conservado hasta entonces en el Po como importante posicion, y cuya posesion hacia tiempo que Farnesio deseaba y solicitaba ardentemente (1). Tristes dias esperaban á los Países Bajos; el hijo mayor de Guillermo de Orange, Felipe, habia sido sacado, diez y siete años antes, de la Universidad de Lovaina, donde seguía sus estudios, y llevado á España donde fué educado en las ideas católicas y castellanas; el hijo segundo, Mauricio, que adquirió despues la herencia de su padre, era todavía muy jóven; de suerte que aquella nacion no tenia ningun caudillo de altura. Los Estados generales, en su desesperacion, se dirigieron á Isabel de Inglaterra, ofreciéndole la corona de los Países Bajos; la reina Isabel sabia perfectamente que, en el fondo, España era una irreconciliable enemiga religiosa y política de la protestante Inglaterra, y que los Países Bajos, una vez en poder de los españoles, habian de ser el punto de partida y de apoyo de los ataques que España dirigiria contra la Gran Bretaña. Pero por otro lado, en su prudencia y espíritu de economía, se espantó ante los cuantiosos gastos y los peligros que consigo llevaba la conquista de los Países Bajos; y por eso adoptó un término medio, no aceptando la corona ofrecida y enviando á aquella nacion á su favorito Leicester con 6,000 hombres, con lo cual se preparó cierta influencia en los destinos de aquellos países (diciembre de 1585). No era, sin embargo, este el mejor camino que podia tomar Isabel; pues no hizo lo suficiente para librar á los Países Bajos de la dominacion española y atraerlos á Inglaterra, y en cambio hizo lo bastante para que sobre ella se desencadenara la tempestad que creía haber conjurado con el término medio adoptado.

Los flamencos vieron en Leicester á su ángel salvador, acogiéndole con júbilo y nombrándole gobernador general como habian nombrado antes á Guillermo de Orange; pero pronto se echó de ver que Leicester tenia mas condiciones aparentes que reales. En efecto introdujo en los Países Bajos, tan acostumbrados á la libertad, un régimen arbitrario y tuvo con la misma reina ciertas disensiones que menguaron mucho su consideracion. Isabel, que en el fondo temia tanto como odiaba á la potencia española, consintió en las negociaciones de paz que astutamente le ofrecia Alejandro Far-

nesio para impedir que Inglaterra auxiliara á los rebeldes y para hacer al propio tiempo sospechosa á estos la política inglesa. Entre tanto, Alejandro Farnesio proseguia sin interrupcion sus conquistas y derrotaba á las tropas inglesas, demasiado débiles para resistirle. En tal situacion, los Estados generales no quisieron apresurarse á hacer su sumision á Leicester y comenzaron con él una ruda lucha, hasta que cansado el favorito de Isabel de su posicion, regresó á Inglaterra en noviembre de 1586. Sus oficiales entonces entregaron por dinero á los españoles las provincias orientales de Overisel y de Güeldres. Tan innoble proceder aumentó la indignacion contra los ingleses; y cuando Leicester volvió á presentarse en los Países Bajos con la mision secreta de la reina de introducir en ellos una dictadura formal, las instrucciones de Isabel cayeron en manos de Juan de Olden de Barnewelt, que era el jefe, por decirlo así, de los Estados generales. Este hombre importante contaba entonces cuarenta años; era alto y de arrogante figura, de fisonomía enérgica, de ancha y despejada frente, de color moreno y de azules ojos: su rostro era el de un pensador dotado de gran fuerza de voluntad. Habia hecho sus estudios en Leiden y en las universidades francesas y alemanas; era esclarecido juriconsulto, muy tolerante en materias religiosas, y en política partidario de la soberanía de la clase media acomodada. Fué pensionario, es decir secretario y consejero jurídico de la ciudad de Rotterdam, y en los Estados generales, en los cuales representaba á esta ciudad, adquirió gran influencia por su talento político, por su energía y por su elocuencia. Atacó los planes de Leicester y sobre todo la alianza con Inglaterra, y se interesó por el jóven Mauricio de Orange en quien veia al jefe propio de los patriotas. Leicester procuró mantenerse firme, intentando, como en otro tiempo habia intentado el duque de Anjou, apoderarse de algunas importantes ciudades (2); pero la conjuracion fué descubierta á tiempo, y entonces la reina Isabel tuvo que llamar á Inglaterra á su humillado representante, que dejó los Países Bajos desunidos, abatidos, fatigados y reducidos á sus límites naturales (diciembre de 1587).

(1) Cabrera, III, 135 (edicion de Madrid de 1877).

Los caudillos extranjeros que habian llamado á su auxilio los Países Bajos, tales como Matías, Anjou y Leicester no les habian llevado buena suerte: solo podian, pues, salvarse por sus propios esfuerzos y por la direccion de un general flamenco, lo cual no dejó de ser una ventaja para su libertad. Sin embargo, el objeto que se proponian exigia grandes sacrificios, disgustos y pérdidas. En los años que siguieron, la sumision de los desunidos Países Bajos hizo, bajo la espada vencedora de Farnesio, tales progresos, que su completa dominacion parecia cuestion de poco tiempo. Por entonces, el partido de Felipe triunfaba tambien en Francia y al propio tiempo el insaciable é incansable señor del Escorial fijaba sus miradas en otro país que ya antes habia considerado como propiedad suya y que se presentaba como el único baluarte de la herejía y del partido antiespañol en Europa, á saber: Inglaterra. Subyugada esta, se alcanzaria el deseado objeto de imponer al mundo la soberanía española y se realizaria la dominacion de la influencia y religiosidad castellanas sobre el Occidente. No puede negarse que la política de Felipe II tenia cierta grandeza y una constancia digna de admiracion. Estas cualidades le habian valido hasta entonces la victoria sobre el gobierno francés, tan inseguro en sus fines y en sus medios. Lástima solo que Felipe atendiese demasiado á los detalles, que mostrase tanta intolerancia, que

prior de Crato los medios necesarios para sublevar el Portugal. Los corsarios ingleses, á quienes apoyaba por completo Isabel, eran los mas peligrosos y terribles enemigos del comercio marítimo de España. La reina de Inglaterra dispuso su proteccion y confirió órdenes de caballero á Francisco Drake, el mas atrevido y afortunado de aquellos piratas que destruyeron las escuadras y ciudades españolas de América, y todo esto en plena paz. La posicion ilegal de la reina escocesa, María Estuardo, que aparecia cada vez mas una mártir del catolicismo, excitó con el tiempo la compasion del monarca español que se llamaba defensor de las creencias católicas. Felipe no dejó, por su parte, de hacer á Isabel todo el daño que pudo sin declararle abiertamente la guerra. Durante algun tiempo, se habia mostrado satisfecho de la empresa proyectada contra Inglaterra por su hermano, D. Juan, y habia autorizado al Papa para que reclutara en España tropas que auxiliaran á los irlandeses católicos sublevados contra Inglaterra, proporcionándole al mismo tiempo en secreto dinero para la empresa. Ya en 1580 se supo que Felipe II habia prometido ser el ejecutor de los decretos pontificios de venganza contra Inglaterra, cuando los asuntos de Portugal hubiesen tocado á su término.

Apenas terminados estos á satisfaccion del monarca español, púsose este en relacion con los Guisays y con el partido católico de Inglaterra y de Escocia; sin embargo, el sistema de espionaje tan bien organizado por Walsingham, descubrió toda la trama, y pagaron su falta con la vida un gran número de católicos ingleses. El mismo embajador es-

(2) En la tentativa de entregar á Leicester la ciudad de Leiden estaba interesado el católico Justo Lipsio; Nisard, *El triunvirato literario en el siglo XVI*, pág. 72.

exagerase tanto sus propias fuerzas y rebajase tanto las de los contrarios. Estos defectos debian ser, en definitiva, muy perjudiciales para él y para los españoles.

Desde que Isabel habia rechazado las proposiciones de matrimonio que le hicieron no solo Felipe II, sino otros varios pretendientes de la casa de Habsburgo, y desde que habia adoptado una política cada vez mas favorable á los protestantes así en el interior como en el exterior, habia desaparecido toda buena inteligencia entre España é Inglaterra; sin embargo los intereses de ambas naciones contra Francia y contra la política afrancesada de María Estuardo eran de-

masiado idénticos para que Felipe intentara, durante muchos años, dar contra el gobierno británico un paso decisivo. Es indiscutible que las primeras hostilidades partieron de Inglaterra, en ocasion en que España, por las razones indicadas y porque estaba ocupada en otras cuestiones, se mostraba conciliadora y tolerante. Isabel, sometida á la influencia siempre creciente de Cecil, habia aprendido á considerar á España como su mas peligroso adversario; y por eso unas veces abiertamente y otras en secreto habia protegido á los rebeldes flamencos, proporcionado al de Anjou dinero y buques para sus empresas antiespañolas, y puesto á disposicion del



EL BRULOTE «FIN DE LA GUERRA»

Copia de un grabado coetáneo en cobre hecho por Francisco Hogenberg

Los ciudadanos de Amberes se habian lisonjeado de hacer frente con este buque á la flota española, pero los españoles lo apresaron en seguida

pañol Mendoza tuvo que salir de Inglaterra. La infeliz María Estuardo fué sometida á un cautiverio mas duro y puesta bajo la custodia del noble pero fanático puritano Amyas Poulet, que odiaba profundamente á los católicos y veia en la reina escocesa á la enemiga hereditaria de sus creencias y del pueblo inglés. Si la eleccion recayó en él fué porque, desempeñando una embajada en Francia, habia mostrado con sus palabras y con sus actos ser un mortal enemigo de María (1).

Los seminarios ingleses del continente eran otras tantas infatigables escuelas de asesinos políticos; y de ellos salian continuamente para Inglaterra emisarios espirituales con la mision de quitar de en medio á Isabel; pero Walsingham tenia por espías á los que al parecer eran mas adictos á tales fanáticos y muy pronto tuvo en sus manos los hilos de sus conspiraciones. Dejaba que la correspondencia entre los comprometidos y entre estos y María Estuardo llegara á manos de los interesados, y solo se cuidaba de interceptarla y leerla antes de enviarla á su destino. Esta nueva conspiracion que dirigia Antonio Babington no disgustaba á los ministros de Isabel, pues con ella tenian pretexto y ocasion para acabar definitivamente con María, cuya desaparicion, en su sentir, interesaba en extremo á la seguridad de su propia reina y á la de la protestante Inglaterra. María tenia un nuevo y vasto plan, que era arrebatar la Escocia á su jó-

(1) Morris, *The Letter-Books of Sir Amias Poulet* (Londres 1874), Prefacio.